

Las filósofas. Las mujeres protagonistas en la historia del pensamiento, Giulio de Martino y Marina Bruzese, traducción de Mónica Poole, con un apéndice de Alicia H. Puleo sobre «Pensadoras españolas», Cátedra, Madrid, 1996, 586 pp.

Las mujeres, como los varones, han pensado siempre, y han amado el saber, o sea que han filosofado. Otra cosa es que, por razones de organización cultural (la cultura es represiva por principio, tanto como liberadora) se haya vedado a las mujeres el acceso a las profesiones intelectuales. Por ello, durante siglos, la mujer consagrada a tales tareas fue excepcional y no siempre pudo desempeñarse pacíficamente.

Los autores de este documentadísimo libro se remontan a la prehistoria y relacionan cada etapa histórica con la aparición de mujeres filósofas, en sentido tan abarcante, que va desde las hechiceras hasta las tratadistas, pasando por las místicas visionarias, las mujeres de acción, las corresponsales, las reinas letradas y las regentas de salones donde se discurría de letras, filosofía, política, costumbres y hasta de ciencias naturales y matemáticas.

Las situaciones son muy variadas porque, por ejemplo, si Pitágoras aceptaba discípulas, no lo hacía Platón, y si las monjas austeras y castas llegaban a tener visiones piadosas, eran estimuladas a contarlas, pero si manifestaban la menor flaqueza heterodoxa, se las castigaba o se le disculpaban sus «debilidades» femeninas. Y si no, que lo digan Teresa de Jesús y Sor Juana.

En rigor, la mujer filósofa es tardía, dada la separación que normalmente la distanciaba de los aprendizajes académicos. Hoy se ha regularizado la actividad pensante profesional de las mujeres y así alternan con los señores de toda la vida, las Beauvoir, Weil, Heller, Arendt, Rosanda, Sontag o Machiocchi del caso. Y, lo que es más alentador, sus correspondientes españolas: Camps, Amorós, Valcárcel, Guisán, Cortina, y valgan los olvidos, que siguen una ruta ya fuertemente abierta en la preguerra con Zambrano, Chacel, Nelken y otras chicas del Veintisiete.

Los autores, con sagacidad, han renunciado a cualquier feminismo militante y, por ello, se abstienen de peregrinos discursos acerca de la virilidad o femineidad del pensamiento. Vindicar el derecho de las mujeres a la filosofía es vindicar su derecho a algo universal, no particular. Aunque la filosofía la hayan hecho mayormente unos varones, no por ello es herméticamente viril, de modo que no cabe el razonamiento contrario. Se agradece. Como también se agradece la nutrida bibliografía que facilita futuras exploraciones.

Lo real y lo virtual, Tomás Maldonado, traducción de Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 1996, 261 pp.

El diseñador argentino Tomás Maldonado, tras haber dirigido durante años la notoria Escuela de Ulma, en Alemania, enseña en Milán y es-

cribe en italiano. Se le deben estudios sobre vanguardia, diseño, ecología y cruces interdisciplinarios. En el presente texto aborda la cuestión de cuánto de real hay en lo que hoy denominamos realidad, a partir de los postulados posmodernos que proponen una realidad virtual como reemplazo a la realidad real. El mundo de la apariencia habría sustituido al mundo de lo efectivamente existente.

Maldonado critica esta posición y la reduce a una mera creencia, que atribuye al miedo a la realidad que recorre a buena parte del imaginario contemporáneo. Creemos que la realidad no es real porque nos da miedo, paradójicamente, por obra de nuestro mayor conocimiento de ella. Lo mismo cabe afirmar, con Maldonado, en cuanto a la descorporización de nuestra sensibilidad, pues podemos percibir a través de artefactos digitales sin pasar por el cuerpo. Esto nada tiene de posmoderno, es el éxtasis de Plotino y de tantos otros místicos.

Vivimos en una economía altamente industrializada, cuyos objetos son efímeros y tienen «menos realidad» que las durables cosas de otrora. Pero ello no las convierte, así como así, en fantasmas y simulacros. Ocurre que, habiendo eliminado nuestro contacto con la muerte de los otros, con los muertos, nuestro mundo posindustrial no ha logrado eliminar nuestro miedo a la muerte propia. Desrealizar los objetos y desrealizarnos con ellos, es una manera de poner entre paréntesis nuestra vida y borrar la huella

certera de la muerte. Esta contestación de los tópicos posmodernos permite a Maldonado señalar, con agudeza, su envejecimiento.

La esencia del arte, Álvaro Delgado-Gal, *Taurus, Madrid, 1996, 205 pp.*

¿Tiene una esencia el arte? ¿Un elemento esencial, varios? ¿Existe una entidad llamada arte que atraviesa los siglos sin perder ninguno de sus atributos esenciales, ni adquirir otros nuevos? La respuesta de nuestro autor es afirmativa y se aquilata en la fórmula: el arte es construcción de formas bellas y expresión de las emociones que nos codifican los contenidos de nuestra cultura.

Desde luego, estas premisas chocan contra la mayoría de las ideas producidas por la reflexión estética contemporánea, ajena a la categoría de forma bella y de expresividad del signo artístico. Por ello, Delgado-Gal arremete contra todo conceptualismo, tras exponer las conocidas teorías de Riegl y Wölfflin. Tampoco acepta que el arte sea un lenguaje, dotado de símbolos significantes, pues estos signos hallarían su referencia en ellos mismos y no serían el lugar de la supuesta expresión antes mencionada.

Estas meditaciones en torno a la historicidad del arte, colocan a Delgado-Gal en una posición claramente neoclásica y, por ello, ahistórica, respecto a la obra de arte. La belleza y la expresión resultan ser las mismas en toda época y lugar, de modo que la obra de arte es una realidad

sustancial dotada de una esencia inmutable e idéntica, o sea igual a sí misma. El tiempo pasa junto a la obra, pero no afecta a su producción ni a su recepción. La obra es forma pero no signo, existe pero no significa nada verdadero ni falso, por lo que no puede ser descifrada, sino fruida, gozada, sentida, etc., todo en un plano vivencial pero no cognoscitivo.

El arte, desde luego, no es un conocimiento científico, pero sí es un saber, como la historia o el psicoanálisis. La mente humana, el acto práctico, la forma bella, no se pueden abstraer y formalizar como un objeto de la ciencia, pero sí producir un saber ligado a la circunstancia vital, y allí la historia vuelve a jugar un papel decisivo. Aunque consideremos una obra de arte como eterna, nunca la vivimos en la eternidad, sino en algún momento de la historia.

Descartes. El proyecto de la investigación pura, *Bernard Williams, traducción de J.A. Coll Mármol, Cátedra, Madrid, 1996, 399 pp.*

Hay diversos perfiles de Descartes y Williams escoge el racionalista, basado en el *cogito*, es decir en una razón cuyo único apoyo es la evidencia de su propia realidad. Ni Dios ni la naturaleza le sirven como garantía de realidad ni, por ello, para distinguir sujeto, objeto y razón. Al contrario, este Descartes parte en busca de las leyes de la naturaleza y la necesidad lógica de la existencia de Dios, para explicar el anhelo de

eternidad del alma, que luego Spinoza perfilará en su *conatus*.

Aparentemente, el libro es un intento escolar de alto nivel, pero sus logros exceden felizmente esta módica propuesta, convirtiendo la obra no sólo en una referencia propedéutica sobre Descartes, sino en un ensayo donde se evalúa la posibilidad de un sistema cartesiano. A partir del *cogito* es posible para el filósofo francés construir una ciencia natural, una teología sin teodicea, una psicología de la mente y las pasiones, una teoría del sueño, la utopía de una lengua universal y una ontología de lo real que evite los riesgos de la oscuridad metafísica. Descartes abre un ancho campo donde se instalan las diversas variantes del racionalismo, la Ilustración, el positivismo y hasta la moderna psicología de la sensibilidad como saber.

Es de especial mención la tarea del traductor, que ofrece no sólo un texto ampliamente legible, sino una trama de citas basadas en traducciones autorizadas, lo cual implica un trabajo intertextual de investigación muy ponderado.

Finales de partida: la modernidad irreconciliable, *Adalbert Wellmer, traducción e introducción de Manuel Jiménez Redondo, Cátedra, Madrid, 1996, 341 pp.*

A pesar de su carácter misceláneo, este volumen guarda algunas fuertes líneas de coherencia, que nos explica, con habilidad y conocimiento de causa, el traductor en

su introducción. Sea cual fuere el tópico abordado, Wellmer lo refiere a la por él denominada *modernidad postmetafísica*: la historia sin verdad ni finalidades. No hay más allá ni trascendencia, todo es apenas lo que es y, a veces, ni siquiera eso.

La verdad, como es su deber, vuelve a cada rato en el discurso wellmeriano. ¿Es la verdad necesariamente metafísica? ¿Cabe una conciliación entre absolutismo y relativismo en el pluralismo? Frente a estas cuestiones, los maestros modernos disparan en variables direcciones. Habermas propone una comunidad ideal de comunicación, que sería el fin de la historia, algo carente de historicidad. Rorty cree que puede haber verdades contingentes, libre y convencionalmente pactadas. Adorno, pesimista, admite que en la historia no hay verdad porque no hay conciliación y la única verdad es la promesa mesiánica, de la cual recogemos indicios en el Gran Arte, nuestro contacto con lo absoluto. Muerta la verdad en la historia (Wellmer repite a Adorno) muere la metafísica y, con ella, buena parte de nuestra historia espiritual, hundida en una modernidad sin salida propia, que espera la llegada de un Salvador externo.

A pesar de todo, como recuerda Wellmer, el lenguaje no puede sino decir la verdad: siempre que se dice algo, ese algo se postula como verdadero y la razón, aunque hoy huérfana de fundamento, puede —dejando de lado la desesperación que lleva a la autoinmolación y el irracionalismo—, celebrar su libertad, su infundada libertad.

Wellmer no es pesimista y señala que la gran tarea de la modernidad es dejarse de pretensiones utópicas y rescates humanísticos para convertir la democracia, que es mera forma procesal sin contenido, en una ética social. Una tarea, un quehacer, algo cotidiano pero también disparado hacia un futuro en el cual la libertad no sea una fórmula radical y abstracta, sino un proceso en constante ensanche.

El Hombre Europeo, (SERIE), Alianza, Madrid, diversas fechas.

Esta serie propone una variante historiográfica muy sugestiva, cual es la de narrar una época a través de sus tipos característicos y no de los llamados «hombres ilustres». De tal forma, se logra la historia de la tipología humana que caracteriza a un período de tiempo y un lugar. Acotar la búsqueda a Europa no significa estrecharse de modo excluyente, porque, por ejemplo, hay un volumen sobre *El hombre egipcio* (a cargo de Sergio Donodoni) y otro sobre *El hombre bizantino* (coordinado por Guglielmo Cavallo) cuyo ámbito referencial escapa a las limitadas fronteras de la Europa actual.

Cada libro está organizado por un especialista que presenta la materia y entrega el articulado contenido a otra serie de especialistas. Por ejemplo: *El hombre de la Ilustración* está dirigido por Michel Vovelle y comprende estudios sobre el noble, el soldado, el negociante, el escritor, el científico, el artista, el explorador, el